

# La urbe de los sucesos

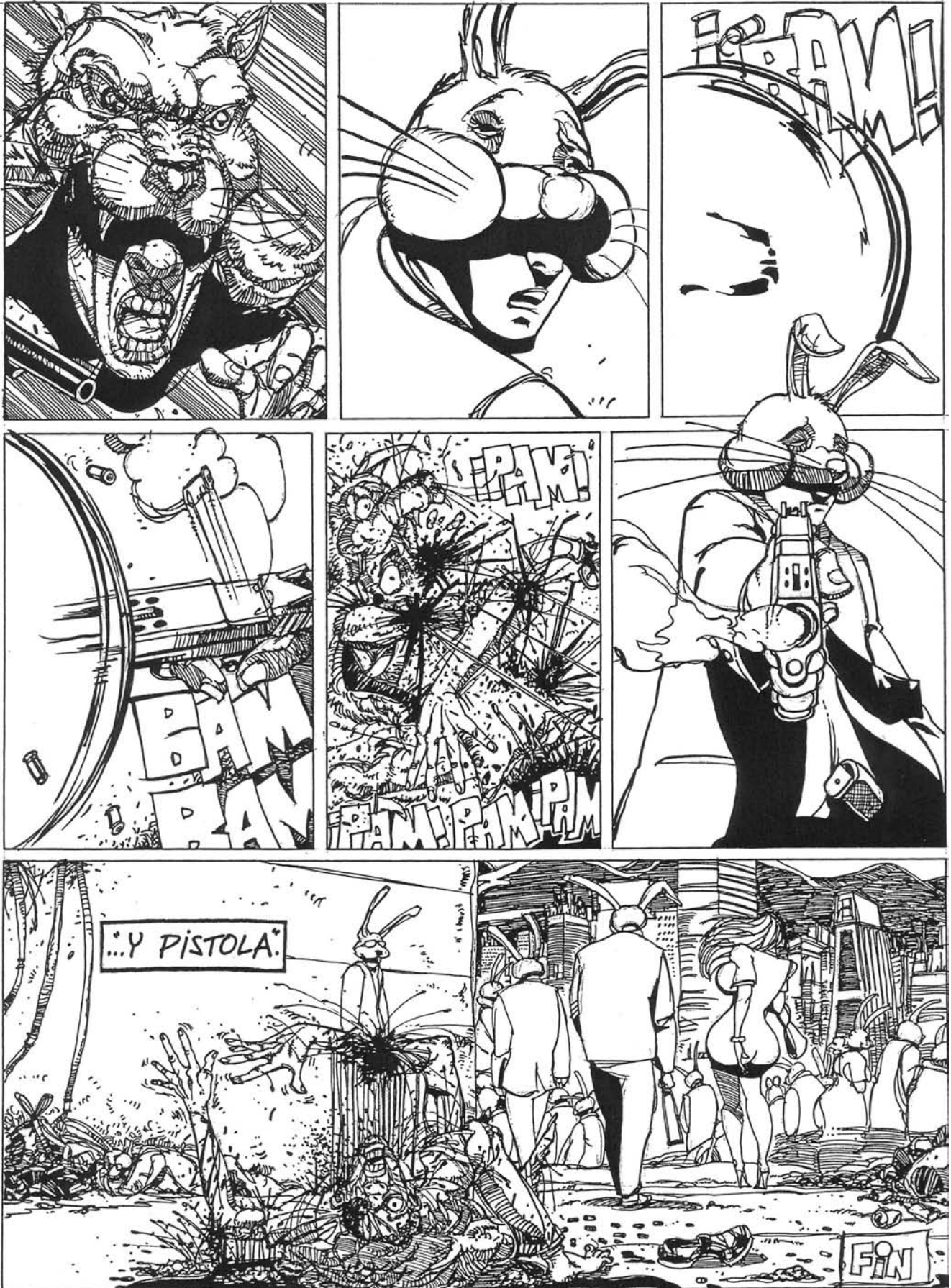
*La ciudad se revela para los reporteros de sucesos como un escenario donde la violencia deja marcas hasta en los sitios más recónditos. Cada día los periodistas escriben la crónica de la muerte y la sangre que copa a Caracas, de la misma manera que otros centros urbanos de América Latina*

## ■ David González

Dentro de la casa, había un féretro que quedó agujereado por cinco disparos. Los que irrumpieron durante el velorio se cercioraron de que jamás reviviría el que ya estaba muerto. La vivienda, hecha de zinc y madera, limitaba con una ladera del cerro. Afuera, en el piso, se hallaban tirados los cadáveres de ocho personas que acudieron al funeral. La noticia llegó a primera hora de la mañana a los oídos de los periodistas que tenían la guardia dominical. Me encontraba entre ellos y fui hasta ese callejón llamado Guillermo Aponte, en el sector El Hundido, del barrio El Encantado, de Petare, ubicado en una dirección precisa que hasta entonces no sabía que existía. En el lugar se palpaba la conmoción y pude reconstruir la historia: dentro de la urna estaba un muchacho de 14 años de edad, miembro de una banda que lo controlaba todo en la zona, y que incluso garantizaba la seguridad de los demás vecinos, porque la mano del Estado no llegaba hasta allí. Los miembros de un grupo rival lo mataron en El Llanito, un par de días antes, y prepararon el último golpe de la guerra de exterminio contra sus enemigos el día del funeral. La dueña de la casa, y madre del adolescente, me dijo que había ido a la cocina a preparar café

cuando comenzaron a sonar los disparos. Se ocultó para sobrevivir y para seguir viviendo también me dijo esto: “No vi a ninguno de los tipos que dispararon”. Los restos de un centenar de balas quedaron regados en la sala donde se hizo el velatorio.

Recuerdo aquel ataúd lleno de orificios, los vecinos fuera de sus casas, los comentarios susurrados de la gente y los ocho asesinados —dos niños, dos mujeres y cuatro hombres— cuando me preguntan cuál es el significado que tiene la ciudad para un reportero de sucesos. Se me ocurre de inmediato que el resto de los periodistas no la vive de la misma manera. Un veterano de las páginas de política puede mirar la ciudad como el centro de poder donde actores de carne y hueso fraguan las decisiones que influirán en la vida de miles o millones. Un erudito de la sección deportiva verá la ciudad como el escenario de escenarios, donde los atletas completan hazañas o viven tragedias que los fanáticos rememorarán por siempre. Un vecino de las páginas de ciudad la asumirá como un ser vivo, que palpita, que esconde tesoros insólitos, y que se enferma cuando no pasan los camiones de la basura. Podría avanzar con otros perfiles, pero no dudo que los reporteros de sucesos descubrimos y vivimos la ciudad a través de los rastros de violencia que deja regados de



día, de noche, en días de semana o, aún peor, los sábados y los domingos. Los viejos periodistas guardan en la memoria una cartografía particular, que les permite recordar los sitios concurridos o los ángulos ocultos a través de las tragedias que han ocurrido en cada uno de ellos. Es una cartografía del dolor. Supongo que, por eso, podría definir a El Encantado como el lugar donde mataron, hace cinco años, por segunda vez a un muchacho de 14 años de edad que ya estaba muerto.

Podría hacer un bosquejo de Caracas a través de los sucesos que he cubierto en los últimos dos años. Caben los lugares y también las sensaciones. Pienso en Vista Alegre y escucho las campanadas que sonaban en la iglesia del colegio Nuestra Señora del Valle la mañana después de que se confirmó el homicidio de tres de sus estudiantes: los hermanos Faddoul, asesinados junto con Miguel Rivas, chofer de la familia, luego de permanecer 40 días secuestrados entre marzo y abril de 2006. Un caso semejante, cómo dudarlo, forma parte de un mapa compartido colectivamente por la manera como afectó al país. Pero otros sitios ilustran un sufrimiento más anónimo aunque no por ello cotidiano. Repaso una visita al barrio Federico Quirós, en un conffín de Catia, y se me presenta de nuevo una ruta de callejones enrevesados, que conducen a una ladera de la montaña desde donde se puede ver el comienzo de la carretera Caracas-La Guaira. Llegué hasta allí para investigar la muerte de Argenis Núñez, que según sus familiares había sido víctima del uso desproporcionado de la fuerza por parte de funcionarios de la Guardia Nacional en julio del mismo año. Me acuerdo del sector Los Manguitos de Kennedy, en Macarao, y escucho los gritos desorientados de un joven vestido con colores intensos, a la usanza rasta, que nos señalaba la casa donde la madrugada del 16 de febrero de 2007 mataron a seis personas, en una acción armada de una banda que mató a la gente equivocada cuando buscaba liquidar a sus enemigos: ¡Fue una masacre, los masacraron, nojoda! O vuelvo sobre la imagen del cadáver de Róger Alexander Ponce, de 16 años de edad, asesinado cerca del Mercado de las Flores, en Cotiza, y sobre el momento cuando pasó justo al lado de la víctima, sin detenerse, la caravana del Presidente de la República. No podría escribir una crónica sobre Caracas prescindiendo totalmente de una cartografía de la violencia que no debería ser mínima.

Que los reporteros de sucesos consigan las huellas del crimen en los barrios remo-

“

**La violencia también deja una huella invisible dispersa en la ciudad que igualmente es materia de trabajo del reportero de sucesos: el miedo y la sensación de inseguridad.**

**La urbe, de alguna manera, se convierte en un reclamo que salta por todas partes, en una desconfianza general que traza barreras invisibles para la mayoría**

”

tos, en las avenidas transitadas, en las plazas públicas, y en las urbanizaciones más vigiladas, no es otra cosa que la expresión de un fenómeno que abarca a los centros urbanos de América Latina y el Caribe: la expansión de la violencia en las ciudades, a raíz de la cual la región se ha convertido en el lugar del mundo donde ocurre la mayor cantidad de homicidios con armas de fuego<sup>1</sup>. La mera evocación de Río de Janeiro, San Salvador, Ciudad de México o Cali puede remitir a cualquier periodista latinoamericano a contextos e historias que, más allá de las singularidades, tienen un mismo fondo común. No es el objetivo de estas líneas desarrollar una explicación sobre las razones que explican el problema. Pero hay que anotar que la población urbana en Latinoamérica prácticamente se duplicó entre los años 1950 y 2000<sup>2</sup>. En recientes aproximaciones sociológicas se mencionan la disponibilidad de armas de fuego, el consumo de bebidas alcohólicas y las dificultades de comunicación como factores que facilitan la violencia<sup>3</sup>. La ampliación del tráfico de drogas, la impunidad judicial hacia el delito, la segregación urbana y una mal comprendida cultura de la masculinidad se identifican como factores que fomentan el fenómeno<sup>4</sup>. La desigualdad económica, el colapso del control social ejercido por la familia, y el efecto combinado del incremento de la co-

bertura de la educación y la disminución de oportunidades de empleos son catalogados como factores que originan el problema<sup>5</sup>. Me permitiría decir que la inexistencia de una política de Estado para combatir el fenómeno y los escasos esfuerzos preventivos agravan la situación. En el caso de las zonas populares venezolanas, lo anterior se concreta en muchachos de carne y hueso que se agrupan en bandas e imponen a tiros una visión particular sobre el respeto que deben tributarles los demás. Un estudio publicado el año pasado por la Universidad del Zulia, con el sugerente título *Y salimos a matar gente*<sup>6</sup>, el cual fue construido a partir de las historias de vida de un grupo de delincuentes, permite trazar el perfil del *malandro* urbano, cuyos actos nutren las páginas rojas de los diarios y engrosan los registros de homicidios. La investigación concluye que el delito se constituye para ellos en una forma de vida, regida por códigos que ordenan el ejercicio violento del poder para imponer el miedo sobre el resto<sup>7</sup>.

La ciudad también puede convertirse para un reportero en un dato estadístico, aunque no sólo debería ser eso. El afán de contar las muertes por homicidio no proviene de un capricho profesional, de una obsesión macabra o de una intención deliberada de generar la intranquilidad pública. Un asesinato es un delito difícil de ocultar y de obligatoria denuncia ante las autoridades. Por ello, la tasa de víctimas por número de residentes ofrece una idea confiable sobre el alcance del problema de la violencia e inseguridad. En 2006 hubo 2.218 homicidios en Caracas, lo que equivale a una tasa de 107 víctimas por cada 100.000 habitantes durante el período<sup>8</sup>. La proporción superó más de dos veces el promedio nacional de 45 muertes por cada 100.000 personas<sup>9</sup>, por lo que ni en términos absolutos, ni en términos relativos, existió otra ciudad del país más violenta que la capital de la República, la cual también compite en la lista de las más peligrosas de todo el continente americano. Ese año, estudios del Observatorio Venezolano de la Violencia señalaban que las zonas de La Dolorita, Caucagüita y Filas de Mariche, en el municipio Sucre; y las de La Vega, Caricuao, Coche y El Valle reportaban los mayores porcentajes de hogares afectados por hechos violentos<sup>10</sup>. En 2007, según las estadísticas del Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas, hubo 3.639 homicidios<sup>11</sup>. La tendencia de 2008, según Ramón Rodríguez Chacín, ministro de Relaciones Interiores y Justicia, ha sido la de dismi-

nución del número de muertes en la ciudad gracias a la aplicación del Plan Caracas Segura, activado desde el primer mes del año. Pero el 28 de abril pasado reconoció que en las primeras 15 semanas de ejecución de la iniciativa difundió a la opinión pública datos errados sobre la cantidad de homicidios ocurridos: admitió que informó sobre cifras que eran menores a las reales<sup>12</sup>. A pesar de ello, insistió en que las medidas de seguridad adelantadas —que han consistido básicamente en despliegues policiales en aquellas zonas capitalinas con mayores índices de delito— habían arrojado resultados que podían calificarse de “favorables”.<sup>13</sup>

La violencia también deja una huella invisible dispersa en la ciudad que igualmente es materia de trabajo del reportero de sucesos: el miedo y la sensación de inseguridad. La urbe, de alguna manera, se convierte en un reclamo que salta por todas partes, en una desconfianza general que traza barreras invisibles para la mayoría. Una vez, en septiembre de 2006, estuve en la redoma de Petare cuando un grupo de transportistas del municipio Sucre decidieron cerrar las calles luego de una cadena de asaltos en las líneas que prestan servicio hacia el barrio José Félix Ribas, uno de los más grandes de América Latina. Tuve que hacer un esfuerzo para ubicarme en aquel escenario caótico y cambiante, donde la rabia se reproducía como pasto silvestre. Solían salir a la calle los conductores cuando mataban a un colega, pero esa vez no quisieron esperar. Las cosas no están muy diferentes, aunque las autoridades afirman que la percepción de inseguridad disminuyó 10% en los primeros meses del año. La mayoría de las encuestas de opinión pública coinciden en que la delincuencia es considerada como el problema número uno, no sólo de la ciudad, sino del país. Una semana antes de entregar este artículo —el 24 de abril— me correspondió editar las notas de un conjunto de corresponsales que reportaron protestas que surgieron así, un día cualquiera, sin contacto entre unos y otros manifestantes, en las capitales de cinco estados de Venezuela: Maracaibo, Barquisimeto, Maracay, Valencia, Barinas. En todas había choferes, médicos, transportistas y obreros que pedían lo mismo: seguridad, como aquella mañana de viernes que tuve que ir a la redoma de Petare. En una encuesta del Observatorio Venezolano de la Violencia, se llegó a la conclusión de que en cuatro de cada diez hogares venezolanos había una persona que había sido víctima de un delito violento en 2006 y que los robos supe-

raban once veces a los homicidios<sup>14</sup>. El miedo además se pasea en cada uno de los escenarios urbanos, sin importar cuál. Los resultados de las investigaciones de opinión pública del observatorio indican que la mayoría de los venezolanos alguna vez ha experimentado ese sentimiento en su lugar de trabajo, en su sitio de estudio, en las calles de su comunidad, o en los medios de transporte.<sup>15</sup>

Si tuviera que escoger un solo sitio de la ciudad donde la marca de la violencia se concentra seleccionaría la morgue de la policía científica en Bello Monte. Es un viejo edificio cuyas tuberías y sistemas de electricidad han dado señales de agotamiento. Está en una calle tranquila, entre los municipios Libertador y Baruta, donde hay días que el olor de la muerte sale a la calle. Por allí desfilan los parientes de las víctimas, he hablado con cientos de ellos acerca de sus familiares y las circunstancias en las que han muerto. Estudiantes, obreros, padres de familia, deportistas, artistas... de los puntos más distantes de la ciudad, todos han terminado allí. Una noche pude conversar con un funcionario que trabajaba en la medicatura forense y me dio un testimonio que me acompaña en esa cartografía de la tragedia que es la ciudad para un reportero de sucesos. Le tocó identificar a un amigo que murió violentamente y presenciar parte de su autopsia. “Ojalá nunca me pase de nuevo porque ese es mi peor miedo”, me dijo y es verdad: nadie merece vivir algo parecido.

■ **David González.**  
Egresado de la Universidad Católica Andrés Bello.  
Periodista del diario *El Nacional*.  
Profesor del Postgrado en la UCAB.

## Notas

- 1 Roberto Briceño León (2007): “Un marco sociológico para la violencia urbana”. En: *Violencia en Venezuela. Informe del Observatorio Venezolano de Violencia 2007*. Caracas: Roberto Briceño León y Olga Ávila Fuenmayor Editores, p. 39.
- 2 *Ibidem* p.14.
- 3 *Ibidem* p.44.
- 4 *Ibidem* pp. 32 -37.
- 5 *Ibidem* pp. 21-32.
- 6 Alejandro Moreno y otros (2007): *Y salimos a matar gente. Investigación sobre el Delincuente Venezolano de Origen Popular*: 2 tomos. Maracaibo: Universidad del Zulia. Ediciones del Vice Rectorado Académico.
- 7 Alejandro Moreno y otros (2006): “Perfil del delincuente venezolano violento de origen popular”. En: *Heterotopía*, Números 32 y 33. Caracas, enero-agosto 2006, p. 150.
- 8 Provea (2007): *Situación de los Derechos Humanos en Venezuela. Informe Anual Octubre 2006/ Septiembre 2007*. Caracas: Provea, p. 337.
- 9 *Ibidem*.
- 10 Alcaldía de Chacao (Agosto 2007): *Victimización y Percepción de Seguridad en el Distrito Metropolitano de Caracas*. Caracas: Alcaldía de Chacao.
- 11 “Sin determinar la causa de 24,6% de muertes violentas en Caracas”. *El Universal*, 17 de abril de 2008, p. 3/18.
- 12 “Admitieron errores en cifras de homicidios”. Thabata Molina, *El Nacional*, 29 de abril de 2008, p. C/14.
- 13 *Ibidem*.
- 14 Observatorio venezolano de la violencia (2006): *Estudio sobre violencia interpersonal y percepción ciudadana de la situación de seguridad*. Observatorio Venezolano de la Violencia. Caracas.
- 15 David González (s/f): “Creció número de venezolanos con miedo a la inseguridad”. *El Nacional*, Caracas.